

LOPEZ STEWART, María Cristina

(Dossier 26 Pág. – 12 artículos)


NOMBRE COMPLETO:

María Cristina López Stewart

EDAD al momento de la detención o muerte:

23-11-52, 21 años a la fecha de la detención

PROFESION U OCUPACION:

Estudiante de Pedagogía en Historia y Geografía en U. de Chile

FECHA de la detención o muerte:

23 de septiembre de 1974

LUGAR de la detención o muerte:

Detenida en su domicilio en Alonso de Camargo 1107, Las Condes

ORGANISMO RESPONSABLE de la detención o muerte:

Dirección de Inteligencia Nacional (DINA)

TIPO CASO de violación de derechos humanos:

Detenida Desaparecida – **(Caso del los 119)**

HISTORIA PERSONAL Y POLITICA:

Soltera, Militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR-Chile

SITUACION REPRESIVA

María Cristina López Stewart, estudiante universitaria, soltera, militante del MIR, fue detenida por agentes de la DINA junto a Rosalía Amparo Martínez Cereceda y Julio Laks Feller, cónyuges entre sí, con quienes compartía el domicilio de calle Alonso de Camargo en donde se verificó el arresto el 23 de septiembre de 1974, a las 01:00 hora. Los efectivos de civil, armados, movilizados en varios vehículos, entre ellos camionetas, sin intimar orden alguna procedieron a allanar la vivienda y a golpear a sus moradores. Uno de los aprehensores se identificó diciendo "yo soy Osvaldo Romo". Los tres detenidos fueron trasladados al recinto de la DINA ubicado en José Domingo Cañas con República de Israel, desde donde la afectada desaparece al término de la 1a. quincena de noviembre de 1974.

En el recinto de José Domingo Cañas, desde un comienzo, María Cristina es sometida a intensos interrogatorios a la vez que es golpeada y torturada por sus aprehensores. Rosalía Martínez Cereceda, quien sobrevivió a su arresto, expone en su testimonio que luego de la aprehensión, sus captores la llevaron a casa de su abuela con el objeto de dejar allí a su hijo de 7 meses de edad, para luego ser trasladada a José Domingo Cañas en donde se encontró con su cónyuge y con María Cristina, quien al poco rato fue llevada a una de las salas de interrogatorio, sólo se escucharon los gritos de ella. La testigo permaneció en ese recinto alrededor de 13 días siendo María Cristina la persona que estuvo más cerca de ella; siempre estuvo sentada a su

lado en la habitación de los detenidos; fue muy buscada después del 11 de septiembre. M. Cristina llegó a su casa por Sergio Pérez dirigente del MIR (a la fecha también detenido en ese recinto y hoy desaparecido) quien le pidió que la escondiera, se le conocía en el MIR como "Chica Alejandra"; su situación familiar la alteraba mucho, se sentía culpable de que la DINA molestara a sus padres buscándola a ella. En una oportunidad, en el recinto de reclusión le confidenció a Rosalía Martínez que la habían llevado a la casa en donde ocurrió la detención, que se habían encontrado documentos que la comprometían y que uno de los agentes la había ayudado a hacerlos desaparecer.

Aunque no le dio el nombre del agente, la testigo tiene la impresión de que podría tratarse de "Mauro", un agente que sacó en una oportunidad a María Cristina del recinto para llevarla al domicilio. Posteriormente se enteró que la DINA había hecho desaparecer a "El Mauro", enterándose que su nombre real es Carlos Carrasco Matus, hoy detenido desaparecido. Con el paso de los días, María Cristina se notaba más débil, estaba afectada por una anemia anterior a su detención y que se fue agravando por la falta de alimentación. Quien se preocupaba y trabajaba personalmente con ella era el agente que hacía las veces de jefe del recinto, llamado el "Abuelo o el Mayor". La afectada desapareció en el mes de noviembre de 1974, oportunidad en que los prisioneros de José Domingo Cañas fueron trasladados a Villa Grimaldi debido a que el primer recinto se tornó muy conocido. María Cristina no llegó a Villa Grimaldi y no se le volvió a ver en ningún otro recinto de la DINA.

El 2 de noviembre de 1974, María Cristina fue autorizada para llamar a su madre que ese día estaba de cumpleaños, pero no pudo decirle en qué lugar se encontraba detenida. Luego de la llamada, quedó muy conmovida. Su estado físico se deterioró rápidamente al negársele toda atención médica y debido a prolongados interrogatorios siempre acompañados por brutales torturas. Otra sobreviviente, Celia Etelvina Moyano Escalona, detenida por la DINA el 4 de octubre de 1974 y trasladada al recinto de José Domingo Cañas en donde fue salvajemente torturada, expone en su testimonio suscrito en México, que una de sus compañeras de celda era María Cristina López. Fue ella quien la atendió más solícitamente, a pesar de que también había sido torturada. El 19 de octubre fue trasladada a 4 Alamos quedando en el recinto anterior María Cristina, quien se encontraba muy deteriorada. Posteriormente, de 4 Alamos fue trasladada a 3 Alamos y allí tuvo nuevas noticias de María Cristina a través de otras detenidas que habían pasado por José Domingo Cañas. Dichos testimonios daban cuenta que se había agravado considerablemente y que mostraba algunos signos de trastorno mental.

Doña María Teresa Bottai Monreal, y don Edmundo Lebrecht, cónyuges entre sí, sobrevivientes de la DINA, exponen en declaración jurada suscrita en Alemania, haber sido detenidos el 30 de septiembre de 1974 y trasladados al recinto de José Domingo Cañas en donde vieron a otras personas detenidas, entre ellas a María Cristina López Stewart.

Doña Cecilia Jarpa Zúñiga, expone en su testimonio, haber estado detenida en dos oportunidades junto a María Cristina López Stewart en la casa de detención de José Domingo Cañas. La primera vez correspondió al período del 5 de octubre al 21 del mismo mes del año 74. Convivió con ella durante esos días, conversaban las veces que los guardias no las vigilaban. Dejó de verla el 21 de octubre cuando fue trasladada a 4 Alamos. El 4 de noviembre volvió a José Domingo Cañas y nuevamente se encontró con María Cristina permaneciendo junto a ella hasta el 7 de noviembre, fecha en que fue nuevamente trasladada a 4 Alamos.

Viviana Uribe Tamblay, detenida el 13 de septiembre de 1974 por efectivos de Investigaciones, trasladada a 4 Alamos, desde donde, el 28 de septiembre, fue sacada con la vista vendada por agentes de la DINA -uno de ellos de nombre Jaime Iturra- siendo trasladada a José Domingo Cañas en donde fue interrogada y torturada. Allí fue llevada a una pieza en donde habían alrededor de 15 personas. Sintió que alguien le tomó la mano, era una detenida que dijo llamarse Rosalía Martínez, que había caído con un grupo de miristas, que en ese lugar se encontraban en calidad de detenidas María Cristina López Stewart y Lumi Videla y el marido de esta última, a quien decían el "Chico Pérez". A pesar de estar vendada pudo ver por debajo de la venda, inclinando la cabeza hacia atrás a María Cristina, a quien conocía desde el Liceo N°7 de Santiago, estaba de pie al fondo de la pieza.

Luz Arce Sandoval, detenida por la DINA y conminada a colaborar bajo fuertes presiones de tortura, señaló en el testimonio suscrito ante la Comisión Verdad y Reconciliación y publicado por la prensa, que el 5 de octubre de 1974, estando en José Domingo Cañas, muere Miguel Enríquez. Ese día hubo mucho movimiento y los primeros indicios, fue que los amarraron a todos. Ella estaba en una pieza con la "Flaca Alejandra", Marcia Merino; la Lumi, Lumi Videla, y otra detenida llamada "Alejandra", pero que posteriormente supo que se trataba de María Cristina López Stewart.

Cabe señalar, que Lumi Videla fue asesinada en una sesión de tortura y su cuerpo fue lanzado a la Embajada de Italia. Respecto a su cónyuge Sergio Pérez Molina, se encuentra en calidad de detenido desaparecido hasta hoy.

Su nombre figuró en una nómina de 119 chilenos que habrían fallecido en el extranjero en enfrentamientos entre grupos de ultraizquierda o en combates con las Fuerzas Armadas Argentinas. Dichas nóminas fueron dadas a conocer por las revistas LEA de Argentina y O'DIA de Brasil, publicaciones que editaron un sólo número, sin editor responsable, y cuyas direcciones como pie de imprenta resultaron ser falsas.

La familia de María Cristina López Stewart realizó innumerables diligencias y averiguaciones a fin de dar con su paradero, pero todas ellas resultaron infructuosas y aun desconocen la suerte que corrió en manos de la DINA.

GESTIONES JUDICIALES Y/O ADMINISTRATIVAS

El 25 de noviembre de 1974, se presentó un recurso de amparo en su favor ante la Corte Marcial, rol 247-74, en el cual se requirió informes a los Ministros del Interior y Defensa Nacional recibiendo respuestas negativas por cuanto informaron que no se encontraba detenida por orden de esas autoridades. El 27 de diciembre de 1974, compareció ante el Tribunal el recurrente de amparo, abogado Horacio Carvajal Ravest, quien puso en conocimiento de la Corte Marcial que la amparada seguía detenida y que se había obtenido noticias de que estuvo detenida en el Campamento 3 Alamos y que luego habría sido trasladada a una casa de calle José Domingo Cañas pertenecientes a la DINA. El 2 de enero de 1975, la Corte rechazó el recurso de amparo tomando en consideración lo informado por las autoridades administrativas, pese a la clara contradicción con lo informado por la parte recurrente que derechamente manifestó que la afectada se encontraba en poder de la DINA. La Corte, junto con rechazar el recurso remitió los antecedentes al 1er. Juzgado del Crimen de Mayor Cuantía de Santiago.

El 9 de enero, el 1er. Juzgado del Crimen dio inicio a la causa 106.519, ante la cual compareció el denunciante, quien ratificó sus dichos, señalando que la víctima se encontraba recluida en José Domingo Cañas 1315 y que desde ese lugar llamó por teléfono a su casa el 1° de noviembre; también agrega que fue detenida junto a Rosalía Martínez y a su cónyuge, con quienes vivía. En la respectiva orden de investigar diligenciada por la Policía de Investigaciones se informó que se consultó en el SENDET, obteniendo respuesta negativa y que las averiguaciones en los lugares señalados en el proceso no se obtuvieron antecedentes ya que no se registra como detenida. El Tribunal requirió información a los Hospitales de Santiago, al Instituto Médico Legal, al SENDET, cuyas respuestas no entregaron antecedentes al proceso. El 19 de febrero de 1975, la Jueza subrogante, doña Silvia Pérez Pizarro, sobreseyó temporalmente la causa con el fundamento de que, según aparece de los antecedentes, en la desaparición de María Cristina López Stewart, no se encuentra suficientemente justificada la existencia de ningún delito o cuasidelito y no puede avanzarse más en la investigación. El 8 de abril la Corte de Apelaciones de Santiago aprobó dicha resolución, acogiendo lo recomendado por el Fiscal Público, quien luego de realizar un resumen del proceso señala que los Tribunales de Justicia no lograron saber el paradero o qué ha sido de la persona de que trata. Por otra parte, en la resolución de la Corte, no se toma en consideración que en el proceso no existe constancia alguna que se haya realizado diligencia en el recinto de la DINA de José Domingo Cañas, pese a su clara individualización por la parte recurrente.

El 28 de julio de 1975, la parte denunciante solicitó el desarchivo de la causa y puso en conocimiento del Tribunal la publicación de la nómina de 119 chilenos presuntamente muertos en el extranjero y en la cual figura María Cristina. El 9 de septiembre el Ministerio de Relaciones Exteriores informó que no hay antecedente oficial alguno de que las personas nombradas en las nóminas publicadas en "LEA" y "O'DIA" hayan fallecido en el extranjero. Luego de este informe, el proceso volvió al archivo.

El 29 de marzo de 1979, la causa fue remitida al señor Ministro en Visita Servando Jordán López, quien se encontraba investigando los casos de detenidos desaparecidos del Departamento de Santiago. En la tramitación de la Visita, el 8 de noviembre de 1978, el Ministro del Interior, Sergio Fernández Fernández, informó al señor Ministro que el recinto de José Domingo signado con el número 1367 fue designado por el Ministerio de Tierras y Colonización para uso de la ex-DINA, por lo que efectivamente perteneció a ese organismo. También consta en el cuaderno de la Visita la declaración del Mayor de Ejército Miguel Krassnoff Martchenko, quien expone que efectivamente el recinto de José Domingo Cañas era un lugar de tránsito de detenidos y afirma que allí no se torturaba. En marzo de 1980, el señor Ministro sobreseyó la causa devolviéndola al Juzgado de origen.

En 1991, la causa fue nuevamente reabierta por denuncia remitida por la Comisión Verdad y Reconciliación, a la cual se agregó una querrela criminal por el delito de secuestro agravado, incomunicación ilegal y prolongada aplicación de tormento y presunto homicidio calificado. En el libelo se hace un resumen detallado de la detención y posterior reclusión de la afectada en el recinto de José Domingo Cañas. Dicha causa fue radicada en el 1er. Juzgado del Crimen de Santiago, con el rol Nro. 140397-6, a diciembre de 1992 se encontraba en estado de sumario.

Fuente: Vicaria de la Solidaridad

-----0-----

ESTOY ORGULLOSA DE TI

Poema a Maria Cristina, de su hermana, Patricia López Stewart

*Un día junté valor y rabia.
Era día de visita en el Campo de Concentración Tres Alamos
En la puerta dije otro nombre, no el mío.
Mostré una sonrisa y no mi temor.
Engañé a los guardias y entré.
Y empecé a mostrar una foto tuya,
Una foto chiquitita,
Fácil de mostrar a escondidas.
Y preguntaba a todas:
La conoces, la has visto
Es mi hermana, es María Cristina,
Está presa como tú, está desaparecida.
Y una joven, morena y cansada,
No necesitó mirar la foto,
Me miró y dijo:
"Tú buscas a María Cristina, no es verdad"?
y agregó, yo la vi,
estuvimos juntas, en la misma celda,
nos hicimos amigas.
Pero a mi me trasladaron de prisión y no supe más de ella.
Varias de las que aquí estamos la conocimos.
Y volví otro día y conversé con todas.
Nuestra madre también iba a preguntar cosas,
Que, cómo estabas, qué decías,
Que dónde estarás María Cristina, Dónde estarás,
Eso era a comienzos de 1975.
Hoy día es casi finales de 1981.
Y te pregunto, nos preguntamos,
Y la gente junta se pregunta,*

*Que dónde estás, desaparecida?
Pero yo sé donde estás Cristina.
Y estoy orgullosa por eso.
Estás entre 2.500 compañeros, donde van los que combaten,
cuando son apresados.
Estás donde el tirano mantiene a los que no tranzas
estás donde la historia sabe. En la cárcel Cristina,
porque el tirano tiene miedo.
Estás presa por pensar, cuando es peligroso hacerlo,
por oponerte a la injusticia,
al crimen, a la locura uniformada, con uniformes grises,
a la locura con fusiles, a la locura con jueces, con leyes
con embajadores, a la locura del fascismo.
Ese fascismo que es el mismo de siempre.
Ese que queríamos combatir con ideas,
con medio litro de leche para todos los niños de Chile.
con reforma agraria, con pan.
Y esa fue nuestra locura, y es tu prisión hoy día.
Combatir con ideas al que habla disparando,
Al que dialoga encarcelando.
Y hoy día Cristina, estás presa, desaparecida.
Desde hace ocho años.
Yo, hoy día entiendo mejor tu compromiso, tu cariño,
tu confianza en tu partido.
entiendo más a tus amigos, esos de la población,
gente simple, gente pobre,
compañeros tuyos y míos, nuestros.
Creo más y más en ellos,
con quienes tu trabajabas en vez de ir a tus clases a la Uni.
Porque entendiste que la Revolución no es tarea de tardes libres.
Estoy orgullosa de ti Cristina.
Ellos, tus compañeros trabajadores,
tus compañeras mujeres, tus compadres, Cristina
durante estos ocho años estAn, donde tú quisieras estar
en la lucha, sin condiciones,
combatiendo, sin compromisos,
sin debilidades, salvo la del hambre.*

*Donde tú quisieras estar, hay cientos,
escribiendo LIBERTAD en las murallas hay miles,
son niños, son hombres, son mujeres,
no importa si es peligroso,
sin trucos, ni dobleces,
sin transar, sin desertar,
muchos, así, simplemente arriesgan la vida por escribir una (R) en
las murallas.*

Estoy orgullosa de mi pueblo.

Hoy día Cristina estás presa, desaparecida.

Yo estoy libre, estoy segura.

Puedo hablar, puedo decir lo que pienso.

Tuve miedo Cristina y abandoné mi patria y te dejé allá presa.

*Por buscarte me siguieron, controlaban mis pasos y mis cartas
vigilaban nuestra casa,
y escapé.*

Vivo ahora en un país inmensamente rico.

Aquí no hay poblaciones, Cristina!!

Amigos nuevos nos entienden nos ayudan.

Aquí no corro peligro,

salvo el peligro inmenso de vivir segura.

Salvo el temor constante de fracasar en la tarea.

*La tarea de denunciar tu prisión,
de encontrar más compañeros que nos entiendan,
encontrar más amigos que nos soporten que hoy día,
2.500 compañeros estén presos,
sin juicio, sin condena.*

*Muchos nos entienden y nos ayudan, pero son pocos,
necesitamos muchos más;
porque la tarea es inmensa.*

*Se trata de dos cosas diferentes,
derrotar el fascismo,
y construir algo nuevo,
convertir en realidad el sueño de nuestro pueblo, tu sueño, mi sueño,
nuestro sueño.*

*Una sociedad justa, una sociedad libre,
un pueblo alegre.*

*Venceremos, Cristina, venceremos.
Convertiremos tu prisión en libertad
Convertiremos nuestro mañana, en presente.
Transformaremos nuestro revés en victoria,
y aunque muchos no lo crean,
tú lo verás, hermana,
te lo prometo.
Venceremos!!!!!!!*

Tu hermana

-----0-----

MENSAJES DE SUS HERMANAS (*)

A mi hermana menor

Carmen López Stewart

Quiero que sepas que, después de mucho tiempo, he vuelto a soñar contigo. Con tu pelo lacio sobre el ojo derecho, con esa semi sonrisa congelada en la foto de tu graduación. Con tus ojos descubriendo algo que no alcanzaste a describir para nosotros. Y he vuelto a arrepentirme, por las dos, de no haber compartido más las horas, los vestidos, las canciones.

Y he sentido de nuevo la necesidad de decir en voz alta que me han sobrado veinticinco abrazos de año nuevo, que me ha faltado tu cariño en mis últimos cumpleaños. Que he sentido nostalgia de los hijos que no llegaste a tener y que sigo echando de menos tu compañía.

Que he extrañado incluso algunos pequeños conflictos de la infancia, que son a veces los más ciegos de esos nudos que hermanan el tiempo compartido. Que me cuesta perdonarte que no estuvieras cerca cuando he tenido miedo, tú, que conociste el lado más oscuro de la conducta humana.

Recién ahora puedo reconocer cómo al oído, que también tuve rabia de que fueras la menor, la más dulce, la más bonita. Que no siempre entendí por qué fue tan simple para ti dejarse llevar por la ingenua convicción -quizás difícil de comprender ahora- de que era imperdonable pasar por la vida sin hacer nada por mejorar el futuro. Porque para mi fue más difícil asumir que somos responsables de bastante más que de nosotros mismos: de la reparación injusta de ventajas: de una pobreza que yo no habría sido, como tu, capaz de compartir.

Y sabiendo que quizás no me entiendas, puedo confesarte que hoy ya no tengo la certeza que tuve de estar haciendo lo debido. Pero que no me importa demasiado, porque tampoco tengo dudas que no hubo en ello ni un asomo de egoísmo. No me

siento capaz de ofenderte suponiendo que la seducción de la vida hubiese sido capaz de hacerte cuestionar aquello en que creíste, o las maneras legítimas de hacerlo realidad. Sólo puedo asegurarte que 23 años es muy poca vida.

Me gustaría contarte que tenido que obligarme a ser más fuerte de lo que realmente soy. Que me haría sentir mejor que te rieras de la máscara que me inventé para que nadie pensara que nos habían quebrado. Y aceptar, para tí, que está llegando a ser cierta. Sería un alivio dolerme contigo de los muchos afectos que he perdido. De los que se han ido como tú y de los que han cambiado tanto que ya no recuerdan como fueron. Y que supieras que a veces me siento viuda de un proyecto colectivo que ya ni siquiera parece estar pendiente.

Pero, sobre todo, debes saber que ya no somos los únicos que estamos convencidos de que nadie pudo haber tenido una razón justa para ordenar ni hacer lo que te hicieron. Lo dicen personas en muchos lugares del planeta. Lo afirman jueces que no te conocieron y que están decididos a que nunca vuelva suceder a otra mujer, a otro hombre, a otro niño, algo parecido, demasiadas cosas son distintas hoy y yo quiero aventurar que el mundo sería diferente si hubieses vivido todos estos años. ¿Llegaste a conocer la imagen del efecto mariposa?

(*) *Carmen López Stewart*. Santiago, 1998.

-----0-----

Urracas y zorzales

A María Cristina López Stewart

Martín Faunes Amigo, Santiago, Abril de 1988.

Durraca iba, con graznidos destemplados, la vez que en castigo por andar metiéndome en lo que no me importa, mi destino incorregible de figón me arrastró a mirar tras las ventanas del piso tercero, para ver que una adolescente comenzaba a desvestirse: se cambiaba el delantal por un vestido blanco de paloma. Sé que de urraca puedo parecer asexual, pero créanme que cuando asumo mi condición de zorzal, soy capaz de conmover hasta lo más profundo para abalanzarme entonces con mi sexo en ristre. Así ocurrió esa vez y mi sangre de zorzal quiso entrar por la ventana a beber nectar del seno joven que se presentaba allí tentador. Pero no parecía ése ser día para pájaros nobles, lo digo porque la paloma salió del cuarto antes de que yo pudiera acercarme y se perdió después por el pasadizo, rumbo a la puerta que supuse se abría hacia el fondo. Pájaro ambivalente entre urraca y zorzal, desplegué mis alas hacia esa salida discreta y mi sangre figona de urraca me permitió escuchar parte de esta recomendación venida de una mujer madura: -le exijo el respeto que corresponde, necesito la devuelva antes que amanezca; no deseamos abusos tampoco, por favor, de ninguna especie. Y le agradecería ningún pago con ella, pues el dinero sucio podría corromperla. Urraca burlona entre burlonas nos conocemos, y la mujer que tenía marcada en el rostro la expresión de mofarse, era una celadora de internado de muchachas sin duda. Aceptó dinero del hombre a modo de propina y abrió después el portón, para dejar que la paloma, sonrisa amplia, saliera a la calle taconeando un par de zapatos rojos de charol, y agregó un "hasta pronto", mientras la expresión de disimular el interés empezaba a dominar en su rostro. El hombre, por su parte, después de apenas toparse el ala del sombrero, subió a su auto y se perdió con la paloma por la bajada de Gandarillas; aunque pudo ser por cualquiera de las

otras, vistos de la altura los callejones tienen pocas diferencias. Como zorzal quedé flotando al viento, sin saber si debía envidiar o no al hombre del sombrero y la propina. Como urraca, pájaro de mal agüero, me lancé a perseguirlos ciego contra el resto de sol que me obligaba a volar a tientas. No descansé hasta que logré darles alcance; se habían detenido frente a la playa del faro viejo, allá donde la noche era profunda y la paloma más hermosa. El hombre recorría su piel con una sola mano, mientras con la otra, aferrada a una botella, insistía en el alcohol pudiendo beber del nectar que a mí me tenía sediento. Devuelto a urraca ladrona, acostumbrado al comentario tendencioso, intentando ser fiel a mí apariencia asexual, hurgué en la paloma y en el hombre para hurtarles secretos y vergüenzas. Así fue que pude enterarme de que el tipo era un médico y de que esa tarde había perdido un paciente más de los que le llevaban los desalmados de la colina. Esos que han hecho de la tortura profesión y a cuya casa nosotros los pájaros siempre estamos evitando caer. Pude saber también que la paloma, que era de una capacidad de amar infinita, se creía enamorada de un jugador de oficio que a pesar de jactarse de ser un triunfador y de incluso parecerlo, le pedía amar a otros para saldar deudas que siempre las decía de honor, aunque nunca parecían terminarse. No llegué a saber si las supuestas deudas existían en realidad, o si al tal tahir le quedaba algo del honor que decía defender, sin embargo, sí supe que al doctor, cómplice esa tarde de una nueva felonía, el enfrentamiento que tenía con su conciencia, lo había forzado a mendigar por un poco de amor mercenario. Urraca entrometida, célibe por impotencia, sobrevolé las olas del rompiente mientras la niña a horcajadas, sanaba al doctor de males para los que el alcohol no era capaz. Como zorzal, tenor del aire, soporté la andanada de insultos de una pareja de golondrinas que gritaron: -¡pájaro iluso! ¿Cómo envidias a los que luchan contra la conciencia? ¿Acaso no sabes que eso es negocio sólo de hombres fuertes?- Y tenían razón, este pájaro pardo jamás iba a conseguir fortaleza suficiente, sin embargo creo que si en ese momento hubiese podido convertirme en cuervo, ave traicionera pero vengadora, al doctor aquel no habría dudado en arrancarle los ojos. Dejé de envidiarlo e hice bien, pues tras un vuelo rasante en que fui casi hasta Punta de Teatinos, vi que la paloma, notando que al doctor se le perdía la vista allá en un punto muerto, compadecida, quiso amarlo una vez más. La sorprendí diciendo: -deja que te haga feliz para serlo yo también, aunque no sea más que un remedo. El hombre se sacó el sombrero y mientras se lo ponía a la paloma, respondió con voz aguardentosa: -quisiera ver cómo te ves así desnuda con mi sombrero puesto -. La paloma, que tal vez creyó que se trataba de algún juego de amor que no conocía, arrodillada como se había puesto en su afán por animarlo, no se fijó cuando el doctor cambiaba la botella, que no había soltado en ningún momento, por un fierro negro que sacó desde un paquete de periódicos. Con la gruesa verga en la boca no logró darse cuenta tampoco de cuando el doctor se ponía aquel fierro en la sién. Sólo cuando el trueno le abrió el cráneo, la paloma entendió que su precario amante había muerto. Con mi sangre de zorzal golpeándome fuerte, quise ir tras ella que arrojó el sombrero y huyó desnuda recortando su silueta contra las aguas negras. Dejó tras de sí un alarido de terror, acompañado del aletear de una veintena de gaviotas que huyeron también junto con ella espantadas. Quizá les despertó su solidaridad de mujeres, pues pese al susto que les dio, quisieron acompañarla a traspasar el rompeolas, rumbo al horizonte, o quién sabe hasta dónde más allá. Quise haber sido halcón y haberlas alcanzado, pero no soy tan rápido. Me dejaron atrás y se perdieron entre la bruma que se había vuelto más espesa. Cuando pregunté por ella a las gaviotas que volvían cabizbajas, en vista de mi insistencia accedieron a contarme lo poco que sabían. Hablaban todas a la vez,

se quitaban la palabra. Sólo pude entenderles "que a la paloma le había hecho falta un poco de amor". Yo les pedía detalles, aclaraciones, pero no pudieron decirme nada más, es que un nudo ciego les estaba apretando la garganta. Lo supe porque el que yo tengo en la mía me estaba casi ahorcando. Un tiempo después de zorzal, condición en que quise quedarme sin más cambios, me vine a enterar casualmente de su nombre. María del Mar escuché que la llamaban. Pero no parecía ése ser día para pájaros nobles, lo digo porque la paloma salió del cuarto antes de que yo pudiera acercarme y se perdió después por el pasadizo, rumbo a la puerta que supuse se abría hacia el fondo. Pájaro ambivalente entre urraca y zorzal, desplegué mis alas hacia esa salida discreta y mi sangre fisgona de urraca me permitió escuchar parte de esta recomendación venida de una mujer madura: -le exijo el respeto que corresponde, necesito la devuelva antes que amanezca; no deseamos abusos tampoco, por favor, de ninguna especie. Y le agradecería ningún pago con ella, pues el dinero sucio podría corromperla.

Urraca burlona entre burlonas nos conocemos, y la mujer que tenía marcada en el rostro la expresión de mofarse, era una celadora de internado de muchachas sin duda. Aceptó dinero del hombre a modo de propina y abrió después el portón, para dejar que la paloma, sonrisa amplia, saliera a la calle taconeando un par de zapatos rojos de charol, y agregó un "hasta pronto", mientras la expresión de disimular el interés empezaba a dominar en su rostro.

El hombre, por su parte, después de apenas toparse el ala del sombrero, subió a su auto y se perdió con la paloma por la bajada de Gandarillas; aunque pudo ser por cualquiera de las otras, vistos de la altura los callejones tienen pocas diferencias. Como zorzal quedé flotando al viento, sin saber si debía envidiar o no al hombre del sombrero y la propina. Como urraca, pájaro de mal agüero, me lancé a perseguirlos ciego contra el resto de sol que me obligaba a volar a tientas. No descansé hasta que logré darles alcance; se habían detenido frente a la playa del faro viejo, allá donde la noche era profunda y la paloma más hermosa. El hombre recorría su piel con una sola mano, mientras con la otra, aferrada a una botella, insistía en el alcohol pudiendo beber del nectar que a mí me tenía sediento.

Devuelto a urraca ladrona, acostumbrado al comentario tendencioso, intentando ser fiel a mí apariencia asexual, hurgué en la paloma y en el hombre para hurtarles secretos y vergüenzas. Así fue que pude enterarme de que el tipo era un médico y de que esa tarde había perdido un paciente más de los que le llevaban los desalmados de la colina. Esos que han hecho de la tortura profesión y a cuya casa nosotros los pájaros siempre estamos evitando caer. Pude saber también que la paloma, que era de una capacidad de amar infinita, se creía enamorada de un jugador de oficio que a pesar de jactarse de ser un triunfador y de incluso parecerlo, le pedía amar a otros para saldar deudas que siempre las decía de honor, aunque nunca parecían terminarse. No llegué a saber si las supuestas deudas existían en realidad, o si al tal tahir le quedaba algo del honor que decía defender, sin embargo, sí supe que al doctor, cómplice esa tarde de una nueva felonía, el enfrentamiento que tenía con su conciencia, lo había forzado a mendigar por un poco de amor mercenario. Urraca entrometida, célibe por impotencia, sobrevolé las olas del rompiente mientras la niña a horcajadas, sanaba al doctor de males para los que el alcohol no era capaz. Como zorzal, tenor del aire, soporté la andanada de insultos de una pareja de golondrinas que gritaron: -¡pájaro iluso! ¿Cómo

envidias a los que luchan contra la conciencia? ¿Acaso no sabes que eso es negocio sólo de hombres fuertes?.

Y tenían razón, este pájaro pardo jamás iba a conseguir fortaleza suficiente, sin embargo creo que si en ese momento hubiese podido convertirme en cuervo, ave traicionera pero vengadora, al doctor aquel no habría dudado en arrancarle los ojos. Dejé de envidiarlo e hice bien, pues tras un vuelo rasante en que fui casi hasta Punta de Teatinos, vi que la paloma, notando que al doctor se le perdía la vista allá en un punto muerto, compadecida, quiso amarlo una vez más. La sorprendí diciendo: -deja que te haga feliz para serlo yo también, aunque no sea más que un remedo.

El hombre se sacó el sombrero y mientras se lo ponía a la paloma, respondió con voz aguardentosa: -quisiera ver cómo te ves así desnuda con mi sombrero puesto.

La paloma, que tal vez creyó que se trataba de algún juego de amor que no conocía, arrodillada como se había puesto en su afán por animarlo, no se fijó cuando el doctor cambiaba la botella, que no había soltado en ningún momento, por un fierro negro que sacó desde un paquete de periódicos. Con la gruesa verga en la boca no logró darse cuenta tampoco de cuando el doctor se ponía aquel fierro en la sién. Sólo cuando el trueno le abrió el cráneo, la paloma entendió que su precario amante había muerto.

Con mi sangre de zorzal golpeándome fuerte, quise ir tras ella que arrojó el sombrero y huyó desnuda recortando su silueta contra las aguas negras. Dejó tras de sí un alarido de terror, acompañado del aletear de una veintena de gaviotas que huyeron también junto con ella espantadas. Quizá les despertó su solidaridad de mujeres, pues pese al susto que les dio, quisieron acompañarla a traspasar el rompeolas, rumbo al horizonte, o quién sabe hasta dónde más allá. Quise haber sido halcón y haberlas alcanzado, pero no soy tan rápido. Me dejaron atrás y se perdieron entre la bruma que se había vuelto más espesa. Cuando pregunté por ella a las gaviotas que volvían cabizbajas, en vista de mi insistencia accedieron a contarme lo poco que sabían. Hablaban todas a la vez, se quitaban la palabra. Sólo pude entenderles "que a la paloma le había hecho falta un poco de amor". Yo les pedía detalles, aclaraciones, pero no pudieron decirme nada más, es que un nudo ciego les estaba apretando la garganta. Lo supe porque el que yo tengo en la mía me estaba casi ahorcando.

Un tiempo después de zorzal, condición en que quise quedarme sin más cambios, me vine a enterar casualmente de su nombre. María del Mar escuché que la llamaban.

"Urracas y zorzales" fue escrito en abril de 1988 y premiado en el Concurso de Cuentos Diario La Epoca, 1989. Este cuento se publicó por primera vez en la antología "Cuentos de La Epoca", Editorial Atena, 1990, y posteriormente en la antología "Andar con Cuentos", Mosquito Editores, 1992. En 1992, apareció también en el libro de cuentos de Martín Faunes "Tranvía equivocado", Editorial Cuarto Propio, 1992.

-----0-----

Mi hija menor Lo que escribió la madre de María Cristina

Sólo un nombre para muchos, pero, lleno de hermoso contenido, para quienes la conocieron, mi hija menor, con mucho de niña aún, de largos cabellos rubios lacios, eterna sonrisa en los labios y unos dulcísimos ojos castaños.

Fue posiblemente al despertar a la adolescencia donde se marcó en forma definitiva las metas ideales de su vida; como otras adolescentes sueñan con vestidos, fiestas y cosas por el estilo, en ella, de frágil apariencia, este sueño adquiere formas más intensas, más profundas, más universales; así su amor se dirige a todo ser humano desvalido y su ardorosa lucha va encaminada en contra de la pobreza y hacia la búsqueda de una igualdad entre los hombres.

Ya en el liceo comienza a revelarse contra la desigualdad que ve entre sus compañeras y busca la sencillez en su vestimenta como una manera de acercarse a aquellas que materialmente tuvieran menos, (por ejemplo, al llegar a la graduación en el liceo, pidió poder hacerlo con uniforme y no con vestido blanco, que ella consideró como un gasto inútil); no obtuvo permiso y no asistió a la graduación, retirando su diploma posteriormente.

Su vida se vuelve más intensa al ingresar a la universidad para estudiar Historia y Geografía, pues no sólo el estudio le preocupa, sino en mayor importancia sus inquietudes están en el trabajo, en las poblaciones, que se traduce en un constante aprender de las situaciones más difíciles de la vida.

Para Mari, como le decíamos nosotros, no existe entonces un horario, ni domingos ni festivos; parece ser que siente que cada minuto de su existencia es más importante entregado a los demás que dedicado a sí misma, y así va dejando su desbordante alegría y esperanza en hogares más humildes, mientras va aprendiendo la sabiduría de la vida que muchos no llegan jamás a comprender. De María Cristina puedo decir muchas cosas más; pero quizás todo se puede resumir en lo que alguien dijo: "*hay dos maneras de concebir el mundo, una, de salvarse sola y la otra esperar hasta el último naufrago.*"

No dormir esta noche si hay un niño en la calle".

María Cristina eligió este último camino. ¿Dónde estará?

Mi hija -militante del MIR- fue detenida por efectivos de la DINA comandados por Osvaldo Romo Mena, el 22 de septiembre de 1974, en el domicilio de doña Rosalía Martínez Cereceda, ubicado en calle Alonso de Camargo 1107. Desde ese lugar fueron conducidos: María Cristina, Rosalía y su esposo al recinto de detención de José Domingo Cañas.

El día 5 de octubre de 1974, Rosalía M. fue trasladada al pabellón de incomunicados de Tres Alamos y su esposo el 30 de octubre del mismo año, fechas en que vieron a mi hija por última vez.

De lo ocurrido a María Cristina no nos enteramos hasta un mes después de su detención, por una llamada anónima primero y luego por un llamado de mi hija el día de su cumpleaños -2 de noviembre de 1974-, en esa oportunidad conversó con

su padre y conmigo, diciéndonos que se encontraba bien, pero que no podía indicar el lugar donde se encontraba detenida.

Estos hechos y los testimonios entregados por personas que estuvieron con mi hija, prueban la responsabilidad de los organismos de seguridad del régimen en la detención y desaparición de ella y su estadía en el centro de reclusión secreta de José Dgo. Cañas. Así lo han testificado:

Edmundo Lebrecht -actor- detenido la noche del 30 de septiembre de 1974 por la DINA, fue conducido al recinto de José Dgo. Cañas, permaneciendo allí hasta el 3 de noviembre del 74, donde vio y habló con mi hija.

Marta Caballero Santa Cruz declaró..."Durante mi período de reclusión en José Dgo. Cañas, entre los días 4 y 10 de octubre de 1974 -vi a la Srta. M. Cristina López".

Cecilia Jarpa Zúñiga, declaró bajo juramento que... "Efectivamente estuve arrestada en dos oportunidades durante el año 74 junto a María Cristina en el centro de tortura de José Dgo. Cañas, la primera correspondió al período entre el 5 y el 21 de octubre, período durante el cual conviví con ella, dormíamos juntas y conversábamos las veces que los guardias no nos vigilaban. Dejé de verla el 21 cuando fui trasladada al Campamento "Cuatro Alamos".

Con fecha 4 de noviembre volví a José Dgo. Cañas y nuevamente me encontré con M. Cristina. Junto a ella permanecí hasta el 7 de noviembre, fecha en que fui trasladada a "Cuatro Alamos".

A pesar de las pruebas que otorgan todos estos testimonios, las autoridades de gobierno se han negado a reconocer su detención...llegando aún más lejos, al intentar acallar el clamor que surgía en torno a los detenidos desaparecidos, blanqueando su imagen, eludiendo su responsabilidad al montar la internacionalmente conocida maniobra de la lista de los 119; dos publicaciones aparecidas los días 22 y 24 de julio de 1975: Semanario LEA en Buenos Aires y O'DIA de Brasil en cuyas nóminas aparece mencionada María Cristina.

Denunciamos esto y todos los intentos por detener nuestra lucha.

Recorrimos y golpeamos todas las puertas donde podían y debían darnos una respuesta...sin resultados hasta hoy.

¿Dónde estará?

Recuerdo las visitas a Cuatro Alamos, dos veces por semana, siempre estábamos allí, mi hija Patricia y yo, con solo o con lluvia, siempre con la esperanza de que alguna vez apareciera y pudiéramos hablar con ella, entregarle cosas que le hicieran falta...

Una vez pudimos entrar al lugar de visita de los detenidos en Tres Alamos, nos apuramos para guardar un lugar en la larga banca...esperábamos que ella acudiera a la visita, ya que habíamos entregado su nombre a la entrada, pero pasó el tiempo si que ella apareciera, al fin preguntamos a un guardia quien de malas maneras nos dijo que se había equivocado, y que no había allí nadie de ese nombre. Salimos más tristes que nunca y también con rabia, viendo como se reían de nuestra pena, sin otro aliciente que esperar hasta la próxima visita.

Cuantas veces hicimos colas en SENDET(*), esperando una respuesta porque en todos lados donde uno preguntaba le decían "vaya a SENDET, allí le van a decir donde está". Eso era una burla. Muchas veces esta situación me ha deprimido hasta el punto de ver casi esfumarse la esperanza de encontrarla, sobre todo cuando salieron las listas de los 119, pero nosotros sabíamos que estaban detenidos aquí; fue un sentimiento muy difícil de explicar y de aceptar. ¿Dónde está? Entre las compañeras de la Agrupación he encontrado amigas para toda la vida, nos ha unido nuestro dolor y nos hemos fortalecido en la lucha por nuestros seres queridos, aportando cada uno según sus posibilidades. A ellas y a la Vicaría de la Solidaridad les estaré eternamente agradecida.

* SENDET : Secretaría Nacional de Detenidos.

Lugar de Atención: Oficina del primer piso del ex-congreso Nacional.

Dependiendo del Ministerio del Interior. A cargo de: Jorge Espinoza Ulloa.

-----0-----

EL 22 DE SEPTIEMBRE DE 1974

Diedree Tonini Stewart

1.:

*Cuando el amor me obligó a dejarte,
llevandome por caminos helados,
tu caminar combativo me acompañaba.
Cuando la nostalgia hacia llorar mi corazón,
los recuerdos de nuestra infancia
me entregaban la risa nuevamente.*

2.:

*Llegando por fin; la tuya y "VICTORIA" de todos,
¡te sentí tan alegre y tan cercana!
Y en pensamientos bailé una cueca contigo.
Y así de feliz seguía tus quehaceres...
¿Pero, que pasó, querida mía?
Los "SINIESTROS MALDITOS" te enjaularon!!!
¡Y yo no estaba contigo!
Y "ESOS SINIESTROS REPUGNANTES" logran cubrir
con sapos, culebras y panteras sucias
tu lindo cuerpo ...
¡Y tus sufrimientos están clavados
para siempre en mí corazón!
Y en los días negros me persiguen...
¡Y tan valiente como tú
quisiera haber sido!
¿Y tu alma? Tu alma luchadora. ¿Dónde está?:
¡A mi lado y al lado de otros!
¡Siempre estas presente!
¡"ESAS BESTIAS" no lograron extinguir
tu blanca alma!!!
Eso sí que te pregunto querida y también a otros:
¿Serán "AQUELLOS MALVADOS",
"ESOS", que maltrataron tu cuerpo,
algún día castigados por la ley y por el mundo?????
Y si esto sucede, querida mía, te prometo*

*que en ese día bailaré la mejor Cueca
¡EN TU HONOR!,
que los mundos hayan visto.*

*3.:
Tu nombre lo llevo escrito en mis labios.
Mary,,, susurro...
¡Tu no tienes ni siquiera un huerto!
Y para poder llorar por tí:
¡No sé a dónde dejarme tirar!
No alcancé a decirte que te quiero.
No alcancé a darte el último beso.
Perdida estás desde hace 30 años.
Me acostumbré a saber que nunca más
regresarás.
Por eso quiero que sepas, que en todas las vidas
yo siempre estoy contigo, mi querida mía
y que nunca te olvidaré.
¡Mary querida, te perdí...
¡Y EN QUÉ FORMA TE PERDÍ!!!*

**(Diedree Tonini Stewart
desde Hamburgo / Alemania
en Septiembre del 2003)
E-Mail: diedreetoninistewart@t-online.de**

López Stewart María Cristina



*El dibujo de María Cristina **López Stewart** es del pintor Jaime Castro, quien lo realizó desde el recuerdo*

El hombre del abrigo amarillento y la mujer que lo amaba (*)

Para María Cristina López Stewart

Por Martín Faunes Amigo

La monogamia nació de la concentración de riqueza en las mismas manos -las de un hombre- y del deseo de heredar esa riqueza a los hijos de ese hombre, excluyendo a los de cualquier otro. Para eso era necesaria la monogamia de la mujer, pero no la del hombre; tanto así, que la monogamia de la primera no ha sido el menor impedimento para la poligamia descarada u oculta del segundo.
Frederick Engels, El origen de la familia, la propiedad y el estado.

Las mujeres son de verdad diferentes, eso me temo: otra manera de mirar, de sentir, de decir las cosas que piensan. Lo dice uno como yo que no se cansa de observarlas, y puede hacerlo a sabiendas que no lo ven, y que si lo ven no va a importarles. Así voy tras ellas aleteando y disfruto de verlas cómo gozan, cómo ríen, cómo se cuentan secretos. Quizá lo más bello que exista sean los secretos que se comparten las mujeres. La última que vi, venía con un tipo de abrigo amarillento. Ella con su lucecita en los ojos y él hablando de mil cosas, recuerdos; cosas que les habrían pertenecido de seguro a ambos, habrían reído con ellas. Pequeñeces simpáticas que él le recordaba a la subida por esos escalones, mientras la mujer esquivaba las caricias que el hombre intentaba, afanoso, sin darle descanso.

Bella manera de subir, pensé, aunque reconozco que me perdía detalles; es que pájaro pardo, aleteaba observándolos desde afuera y sólo podía escuchar sus palabras cuando pasaban junto a los vidrios quebrados; había tantos, nadie los repone en la escalera de un hotel de a ratos, nadie se preocupa por esas cosas en lugares como éstos, como no existe la mujer que pueda ocultar su sonrisa al traspasar el portón de alguno de ellos: albergues transitorios de esperanza. En eso las mujeres son iguales todas, lo son también en la luminosidad que les surge cuando la fortuna las enfrenta con alguno con que han sido amantes. Y ya ven cómo éste era el caso: ella reía, le divertían las historias que él le recordaba y sus intentos de a toda costa propasarse; aunque yo, testigo, afirmo que el hombre reía más. Reía con todas sus ganas. Empezaba a reír antes de terminar lo que estaba contando y le contagiaba a ella la risa para así distraerla y aprovecharse rindiendo tributo con las manos.

Todo esto ocurría mientras continuaban subiendo peldaños y lo reconozco, no dejaba de envidiar al tipo, así como de preguntarme cuánto tiempo hacía que no se veían. Imposible saberlo, imposible incluso para mí que observo tanto. Aunque si es por calcular, yo diría que quince o veinte, nunca menos: eran demasiadas las historias que él tenía para recordarle, y además, aclaro, parecían todas verdaderas. La había pasado bien ese par, podía notarse. Se notaba porque el hombre del abrigo amarillento le continuaba recordando historias, incluso, mientras buscaba dinero para pagar por el cuarto; aunque, por supuesto, apenas desapareció la encargada volvió a sus ataques, a sus recorridos zarpazos; y para mi placer, quedaron justo frente a uno de los vidrios quebrados. Se buscaron las bocas como locos, se reconocieron con las manos, con las piernas. El hombre le buscaba recuerdos mientras murmuraba incoherencias alusivas a la primera vez que habían ido bajo los paltos. Lo decía todo en un murmullo que nada omitía. Resoplaba, mencionando los botones que cortara del vestido de la muchacha, la negativa débil de ésta y la mancha roja inevitable a medida que la razón se les perdía.

Resoplaba el hombre, pero sin dejar de luchar por despojarla de su ropa; y así también, sin dejar de sonreír, le arrebató la última prenda que ella absurdamente pretendía conservar. Quizá, ya no le resultaba fácil mostrarse desnuda ante uno al que no veía hacía tanto. En fin, son perspectivas diferentes, pues el hombre no

demostraba un ápice de vergüenza; por el contrario, de espaldas en la cama, la observaba con la expresión gozosa del león que admira a la gacela, y no dejaba de preguntarle cómo podía avergonzarse después de esto y de lo otro, y de todo lo que habían hecho juntos. Claro que cuando el rosa pálido de la mujer se vio deslumbrante al descubrirse, el hombre, atónito ante tamaña perfección, cogió su fino abrigo amarillento, y se lo puso a la mujer, que lo aceptó en una actitud de sentirse protegida, pero satisfecha, también, con el forro de seda acariciando su piel avergonzada. Sonrió entonces, mientras el hombre sin quitarle el abrigo, la empujó seguro junto a él, con la certeza de que ella volvería a amarlo como hacía quince o veinte años. Quizá por eso hozó bajo las sábanas sin ninguna clase de preámbulos, buscó miel de ulmo tierno que encontró, porque se mantuvo un rato largo disfrutando cabeza abajo, después de lo cual se amaron una, dos veces; son cosas de las cuales no tengo certezas, aunque sí de que su amor era suave y también violento, el hombre hacía pausas y entonces, brioso, atacaba de nuevo mientras ella se las ingeniaba para hacerlo gozar de sus senos, aunque tuviera aún el abrigo puesto. A veces todo era esfuerzo para el hombre del abrigo amarillento, y otras, la amaba riendo. “¿Te acuerdas de la vez que nos subimos al palto?”. Cosas así le preguntaba, mientras toro maestro continuaba galopando.

El palto para los amantes juveniles, me dije distrayéndome, y volví a la realidad cuando la pareja descansaba; el hombre al menos. Dormía mientras la mujer jugueteaba recorriendo con un dedo el pecho de su amigo, que subía y bajaba a medida que emitía ronquidos acompasados. Y he aquí una enorme diferencia entre hombres y mujeres: el hombre era un gran león en sueños, mientras la mujer velaba su dormir sin dejar de jugar en su pecho. Deseaba, quizá, ser pequeña y tan frágil, que podría correr por esa pradera que su amigo tenía cubierta de hierba enroscada; o lo que quería era tal vez ser sirena y nadar sobre la piel del hombre mientras lo iba acariciando. Yo, que aleteaba entre las ramas, adiviné que ése era su deseo, aunque pude darme cuenta de que se debatía también en la contradicción de acunarlo como madre, pero al mismo tiempo, conservando entre las piernas, la rodilla de su hijo.

Extraña madre parecía la mujer que amaba al hombre del abrigo amarillento. Todas las mujeres tienen algo de madres, y ésta que no lo era al menos de él, velaba su sueño como al de un hijo indefenso. Lo dejaba dormir mientras lo besaba tenue por el cuello, por los párpados. Lo amaba, estoy seguro. Lo amaba desde hacía veinte o más años, y sin duda iba a amarlo por veinte o treinta más. Así son las mujeres, me dije, mientras me extasiaba viéndola retirarse de la cama sigilosa, no quería despertarlo. Se quitó el abrigo del hombre y se acercó a la ventana unos instantes en que pude admirarla sin que nada se interpusiera. Fue por un momento apenas, porque entonces volvió a su rutina de amar el cuerpo de su hombre-hijo, amado, dormido; hasta que abrazada a él, la sorprendió el cansancio. Se quedó dormida junto al hombre del abrigo amarillento al que ahora acompañaba en sueños, y el sueño de él, evocaba tal vez, esas tardes en el huerto de los paltos.

Advierto que puedo equivocarme: ése era de seguro el sueño de ella, pero quizá no el del hombre. Quién dice si él en vez de a eso no volvía en sueños al trabajo, a la manera de cómo se ganaba el sustento. En todo caso, el dormir de ambos era plácido; en eso se parecen hombres y mujeres, también ellos a quienes observaba y que quizá no se amaban desde hacía veinte o más años; y yo ahora los veía cómo dormían compartiendo sueños de niños, sueños de paltos.

Dormían soñando y les correspondería despertar, vuelta él a sus quehaceres y ella a su recato. Las sábanas reemplazarían al abrigo para protegerla de las miradas del hombre que volvería seguramente a sus risas, desnudo sobre la cama, ni un ápice de vergüenza. Son distintos, me dije otra vez, mientras la veía recomenzar su juego de caricias y el hombre llegaba con sus historias a las historias del presente. “¿Eres feliz?”, le preguntó, pero no pareció importarle la respuesta; él respondió por él, sin que ella nada preguntara. Pero ella sí había respondido, dijo algo que ni el hombre ni yo alcanzamos a entender. El hombre, porque continuaba bromeando, y yo, porque tontamente tiendo a veces a desconcentrarme.

Y entre bromas, le contó de su hijo a punto de egresar de la universidad, y del segundo, nada menos, un artista. Le habló también de una chiquilla, “es una princesa”, le dijo; y sin que mediara nada más, agregó, “qué bueno que encontraste un tipo correcto”. Ella pareció asentir con la cabeza, pero no logré darme cuenta de a qué exactamente asentía, porque el hombre no terminaba con las respuestas que daba a sus propias preguntas, y a las que, suponía, le formulaba la mujer. Por eso supuse que ella vivía con un buen tipo, con uno que probablemente el hombre del abrigo amarillento conocía; podía ser, inclusive, que fuesen amigos, qué sé yo, ex-compañeros de la universidad o de algún trabajo.

Ella murmuró, “feliz con mis hijos”, aunque lo dijo para sí, para escucharlo ella misma, y bueno, también para mí, que detuve mi trinar para descubrir sus sentimientos. Mientras tanto el hombre retomó sus historias del pasado, contando cómo había salido adelante sorteando aquellos años oscuros en que andaban perros sueltos. “Curioso que nunca nos encontráramos por allí si tú ni yo fuimos de los que salieron corriendo”. Eran anécdotas intrincadas de lugares y nombres que tenían marcado el olor a guerrillero: “a Federico Alvarez del Liceo de La Serena, lo mataron a patadas, ¿te acuerdas del domingo en que nos invitó a su casa de Vicuña? Lucho Guajardo logró escapar en su famosa bicicleta, pero nada más se supo de él después que lo recapturaron; como no se pudo saber dónde arrojaron a Claudio ni a Boris, ni a Horacio Carabantes; lo mismo pasó con el pobre de Joaquín, de nombre verdadero “Vásquez” y con María Cristina López Stewart, de nombre supuesto “Patricia”, ¿te acuerdas de la luminosidad de sus ojos azulados?

María Cristina López Stewart... cómo querías a tus amigos, hombre del abrigo amarillento, a tus compañeros de combate; pero cuando la mencionaste a ella tu mirada se ensombreció y yo adiviné que la razón era una muchacha hermosa, mujer de convicciones; un amor nacido entre escondrijos, tal vez no consumado. ¿Asesinaron a María Cristina López Stewart antes de que se amara con el hombre del abrigo amarillento? ¿si ella hubiera sobrevivido, habrían sido amantes? Son cosas que no llegué a determinar, o de las cuales no tuve certezas; pero sí aseguro que fue ése el único momento en que el hombre perdió en parte su sonrisa; aunque la recuperó pronto, a la vez que volvía a lo de sus hijos y su casa: un buen hogar. “Que bueno que el tuyo también lo es”, le dijo, y el actual hijo-amante, ex-guerrillero, continuó contándole de su familia y de su mujer que era también buena amante. “Hemos tenido suerte, tú y yo” declaró, pero ella nada había dicho de cómo era o cómo no era su marido, apenas un murmullo acerca de sus hijos; bastante reservada la mujer que amaba a este hombre-hijo, ex-guerrillero, ex-amante.

Así estaban las cosas como las veía este pájaro figón: el hombre del abrigo amarillento era un buen amante y lo era también la mujer con que vivía; por otra parte, su amiga de antaño era amante extraordinaria, si bien yo no había experimentado placer brindado por ella, por mi experiencia voyerista le daba mi

buen crédito, no por nada yo también soy capaz de ir por ahí de sexo en ristre, volando.

Cómo sería su marido, era la pregunta, pero estoy seguro de que ella en su recato, eso era algo que no se atrevería a confesar. Era capaz de entregarse a su amigo por entera, dormida o despierta, pero sólo le hablaría de sus hijos: “soy feliz, con ellos”, la escuché que repetía, pero el hombre, de nuevo, no pudo escucharla, porque la mujer lo dijo justo cuando él había retomado su discurso.

“Házmelo como se lo haces a él”, decía, y le empujó suave la cabeza hacia el miembro, que se veía otra vez orgulloso y erecto. La mujer se dejó conducir sin decir palabra, y yo pájaro pardo con el oído en sus pensamientos, sé que lo hizo, en realidad, como se lo hacía a él mismo, al amigo con que ahora compartía el camastro; para eso era él quien se lo había enseñado a hacer arriba de los paltos; y si en algún momento no estuve seguro, mi duda se disipó al ver que la mujer, sin interrumpir la caricia de sus labios, miraba a su amigo por el rabillo y en sus ojos estaba igual, su lucecita de los primeros acercamientos. Es cierto que se la notaba con algo de vergüenza, pero no tanta como para que el hombre no gozara del contacto; además, en los ojos de la mujer al sentir el goce final del hombre, apareció una sonrisa tenue de niña; con seguridad, la misma que tenía cuando lo ensayaban en la copa de los paltos. Así son las mujeres, me dije: evocaba placeres juveniles, mientras él, loco de pasión, insistía en que ella emulara exactas las caricias que suponía reservadas para quien la había desposado. Pero eso para ella no parecía importante, vuelta atrás por veinte años, tras gozar con el sabor del hombre, olvidada de su vergüenza, galopó, amazona desnuda, para morir clavada y dormirse otra vez sobre ese curioso potro montado a la inversa, aunque ahora sí, extenuado.

Era ya de noche plena. “Tu marido debe ser un buen amante”, repitió el hombre mascullando como letanía desde un sueño y el dormir fue profundo algunos instantes para esa madre-mujer y para ese hombre-hijo. Fueron apenas unos cuantos segundos que terminaron abruptos, entonces ví al hombre vestirse mientras la mujer permanecía observándolo sin inquietarse. Esta vez el pudor no parecía afectarla, cabeza en la almohada, estaba desnuda y tan tranquila que quizá pretendía detener con la mirada al hombre, para que aquel momento se hiciera interminable.

El le preguntó “¿por qué no te vistés?”, y ella sin quitarle la vista de encima, le respondió que no se preocupara, pues vivía apenas a tres cuadras. Claro que ya de nuevo el hombre no la escuchaba; en vez de eso, mientras anudaba su corbata, había vuelto, quizá, a veinte o treinta años y recomenzaba sus anécdotas. En una de ellas, de seguro no lo pretendía, pero le recordó a la mujer un suceso turbio, un enredo con una tal Mónica, amiga de ambos. Ni él ni ella la mencionaron, pero de urraca, pájaro fisgón, navegué a través de sus pensamientos y supe que el hombre y la mujer pensaban en esa amiga lejana: el hombre con una sonrisa que pretendía disimular y la mujer con un gesto de tristeza. Concentrado en el hombre, me enteré de que él había tenido que ver con aquella tal Mónica de apellido Alarcón; quizá la llevó bajo el mismo palto mientras su amiga preparaba las tareas o realizaba quién sabe qué encargos. Llegué a saber eso y supe también que era un suceso que la mujer no lograba arrancárselo: el hombre del abrigo amarillento había ido al huerto con Mónica por el mismo tiempo en que iba con ella, debió ser por los quince o los catorce, posiblemente en La Serena, atrás por los sesenta.

“Pero lo de la tal Alarcón no tuvo la importancia de lo nuestro”, pensó la mujer, y yo pájaro de oído fino logré una vez más escucharla. También la escuché que agregó para sí: “¿y qué puede importar una cuestión de infidelidad cuando han pasado más de veinte años?”. Un momento después, mientras su amigo anudaba sus zapatos, musitó, moviendo apenas los labios: “Estuve feliz de que me enseñara a amar y sobre todo a amarlo”.

El hombre de vuelta al presente, quiso insistir en lo del marido: “tiene suerte de tenerte”, le dijo, mientras se miraba al espejo acomodándose las canas, pero los ojos de la mujer se habían ensombrecido; a pesar de eso el hombre del abrigo amarillento se acercó a ella con la bragueta entreabierto y la mujer lo sintió crecer por última vez en la humedad de su boca. Se estaban despidiendo. El hombre se inclinó entonces sobre ella, y la mujer alcanzó a darle un beso antes de que su amigo se alejara. Salió del cuarto el hombre con su abrigo puesto, y una vez en los escalones, noté que había robado la ropa interior a su amiga y bajaba por las escaleras acariciándola. Tal vez esperaba rescatar de ahí el aroma a deseo de su antigua camarada y tenerla presente mezclada al olor de los paltos. Pájaro pardo, lo comprendo, yo que soy por excelencia voyerista, he aprendido a gozar también atrapando aromas por los aires, con ellos me ayudo a recordar las formas de las mujeres que gozo observando.

En Pío Nono, la gente se había vuelto un mar horrendo, era difícil desplazarse incluso para mí, voyerista alado. El hombre debió abrirse paso con los hombros, y tan pronto como pudo subió a un taxi sin dejar de acariciar esa prenda de vestir que llevaba ahora en el bolsillo de su abrigo amarillento. Bien por ti, ex-guerrillero, ex-escalador de paltos, ex-amante de la tal Mónica Alarcón que nada te exigía, disponías de ella a tu antojo, jamás te pidió que lo supieran sus amigas, nada de eso. No esperaba de ti nada, apenas una caricia, una cerrada de ojos furtiva; a cambio, estaba para ti siempre que no estaba tu amiga “la importante”, como seguramente la llamabas; no la veías desde hacía tantos años, parece que también se la jugó, o al menos, tal como tú lo dijiste, no fue de las que se comprometieron y salieron escapando. Pero ambas te amaban, cómo te amaban; e imagino que la otra sentía también por ti un gran afecto, me refiero a la más comprometida, quizá ex-guerrillera. Pero ella sí era exigente, hombre del abrigo amarillento. La equidad era requisito, y requisito también un comportamiento ético. Ética revolucionaria en medio de las balas, tenías que merecerla, difícil tarea, amigo mío: hacerte tú merecedor de una mujer tan valerosa, de ahí tu rostro de sombras cuando por desventura la recuerdas.

Pero qué importa, si el encuentro con tu amiga de esta tarde prueba que de nada te olvidas, y yo que no te juzgo, grito con el pensamiento que si las olvidaras serías un infame; es la opinión humilde de este pájaro pardo, jilguero errante, que no debieras tomar en cuenta, porque yerra, observa y casi no se pierde detalles, aún así, a veces se equivoca; y mi equivocación de esa vez, fue distraerme haciendo conjeturas, en vez de aprovechar la visión de la mujer, que, suponía aún sobre la cama, espléndida y desnuda, recién amada, recién gozada. Cuando me devolví para hacerlo, nadie había en el camastro, nadie. Loco de ansias entré por los vidrios destrozados con un presentimiento amargo. La busqué por los pasillos, por debajo de la cama. Al no encontrarla, aleteé dentro de la habitación mientras un viejo nudo que tengo me iba apretando la garganta. Fue entonces que la vi, nunca lo hubiera imaginado. Estaba tendida sobre los azulejos en el baño. Por aquel suelo congelado un río rojo se venía arrastrando. Quise gritar socorro, lo quería con el alma, “¡socorro!”, triné, pero quién le hace caso a un pájaro pardo.

Desgracia, son distintas las mujeres de los hombres, “¿Por qué lo hiciste, insensata?”, alcancé a preguntarle, y ella, que parecía arrepentida, respondió, “lo busqué por veinte años”. Después, con un gesto de desesperación agregó, “sálveme, que mis hijos me están esperando”.

Aleteé como un loco dando vueltas por el cuarto, quería detener ese torrente maligno, llevarla entre mis brazos. Pájaro Pardo, convertido en zorzal noble, pleno del vigor que brota a los desesperados, hice un esfuerzo supremo hasta que logré alzarla. Podrán no creerlo, pero la mujer era apenas pluma liviana y con ella a cuestas salí aleteando. Esperaba llevarla a una enfermería o al hospital, o qué sé yo, a mi propio nido de pájaro pardo. Sin embargo afuera, por encima de los árboles, la sentí que se escapaba, sonreía y se escapaba. La pluma maravillosa que la mujer era, avanzaba más rápido que yo por los espacios. Subía arriba, muy arriba. Subía y se alargaba. Aún la tenía tomada de la mano, pese a eso continuaba alargándose y cambiaba su palidez por miles de colores mientras se iba desenrollando. Un segundo después, la figura delgada y sinuosa de la mujer que amaba al hombre del abrigo amarillento, terminaba su ascenso y descendía describiendo una parábola; serpentina de colores que yo quise re-enrollar y dejarla para mí, pero la mujer continuaba en su caída, frágil, suave, convertida en pedacitos de papeles salpicando las cabezas de las gentes que los recibía sonriendo. Quizá se imaginaban que eran por el cielo celebrados.
Maitencillo, febrero de 1995.

"El hombre del abrigo amarillento y la mujer que lo amaba", pertenece al libro de Martín Faunes "Animales extraños de piernas hermosas, hijas de la fortuna", distinguido por Alerce en 1998 y por el FONDART en 1997.

-----0-----
Profesionales a fines y contrapuestos

Para María Cristina López Stewart
Para Ana María Puga Rojas
y Alejandro De La Barra Villarroel

Martín Faunes Amigo

Para mí era una novedad ya anunciada, me sacarían de los frentes. Era además algo en lo que aunque no había sido fácil ya estaba de acuerdo, era además la manera lógica de sacar el mejor provecho a los cuadros; las aspiraciones personales era necesario postergarlas, de lo contrario no sólo no tendríamos cómo enfrentar al golpe que vendría en un año o en dos, sino tras él no podríamos sobreponernos o al menos evitar que nos aniquilaran. No había sido fácil aceptarlo, pero había primado la razón, así que ahí iba yo, ex jefe de unidad del frente estudiantil, ex segundo jefe de unidad del GPM de Cerrillos, ex eterno portador de bluyines y bototos, ex muralista apasionado, ex escritor de arengas y discursos. Iba a incorporarme a una unidad de profesionales que tendría una misión especial en una estructura centralizada; y no parecía que me trataran como al joven profesional que se suponía que era: de ojos vendados en el piso de un citroen tipo "sapo", hasta un edificio años cuarenta "en algún lugar de Santiago".

Algo después, ya con los ojos destapados, me encuentro en un departamento de aquel edificio; y hay otros dos conmigo, uno de unos veintisiete que parece que conozco, quizá me tocó alguna vez de ayudante o fue mi profesor de laboratorio, sin embargo no estoy seguro ni lo preguntaré. Al otro, de unos veinticinco, no lo he visto jamás, tengo certeza; ambos sin embargo son de los nuestros: gente que aprobó física y cálculo, se les nota por la manera de cómo se observan entre ellos y de cómo me observan a mí mismo y probablemente se preguntan si acaso este mocoso que lleva traje y se nota que es primera vez que lo usa porque le incomoda, podrá ser uno de los de ellos.

Ingresa entonces un tercero con aspecto de sabio ingenuo a quien tampoco conozco. Es también mayor que yo por un par de años y no me parece que sea de los nuestros. Es posible que sea un profesional pero de otra disciplina tal vez a fin con la nuestra, tal vez ni siquiera es matemático. Nos saluda con algún tartamudeo. Nos dice que no pertenecerá a esta unidad de manera propiamente tal, pero que cooperará con su jefatura; acto seguido toma asiento en actitud de esperar, pero en realidad se dedica a observarnos a nosotros, los otros tres, haciendo quizá las mismas conjeturas que yo también me hago pero nada digo, y que se hacen también los otros, empaquetados como yo en sus trajes y corbatas, y nada dicen tampoco.

Me abstraigo de ellos y de mí mismo, y se me ocurre que en cualquier momento va a entrar un tipo grande de lentes, como alguno de los profesores de máquinas eléctricas o micro ondas, tal vez, o como uno de los tipos astutos que enseñan circuitos o análisis de sistemas. Es que claramente espero a alguien así: profesional experto, profesional sabio.

Empieza a sonar una llave en la cerradura y luego el sonido se cambia hacia la cerradura que hay más abajo. Se abre entonces la puerta por fin, e ingresa una chiquilla de metro sesenta, cabello largo, cuerpo frágil y ojos muy dulces que, acaso tenga diecisiete. Es casi una colegiala y, claramente, no es de nuestro ghetto, los que aprobamos física y cálculo, constituimos una secta en que de todas maneras nos reconocemos. Es quizá la hija de los dueños de casa y ha hecho ingreso en el momento equivocado. Eso me parece, la chiquilla sin embargo, oh sorpresa: ella, la del cabello rubio, ella, la del metro sesenta, ella, la que en definitiva y de manera evidente no es de las nuestras como por su edad, no puede ser tampoco profesional de ninguna disciplina, nos dice de manera convincente que será jefa de nuestra unidad de profesionales y que no sólo espera hacerlo como corresponde sino aún mejor, mucho mejor. Unos días después, partíamos los cinco a un lugar cerca de una playa donde tendríamos nuestra primera instrucción especial; y la muchacha dulce nos da con creces muestras de saber de qué está hablando y de cómo todo eso ensambla con lo que nosotros sabemos y con las metodologías que nosotros dominamos porque "somos de los nuestros". Así nos gana la chica, así comenzamos a admirarla. Pero la chica sabe también muchas otras cosas, y con el sub jefe de la unidad -él es un humanista, ahora claramente se le nota-, al final de ese día nos deslumbra hablándonos de Auerbach, de Heguel, de los filósofos alemanes y de cómo se llega a través de ellos hasta Marx.

Esas fueron las primeras impresiones que tuve de María Cristina López Stewart, y se mezclan con su imagen de muchacha dulce que se me quedó grabada en algún lugar del corazón o del cerebro; son las mismas impresiones que se me ocurre, me asaltarán fugaces como la historia de aquellos años, que se desencadenó violenta a pesar de todo lo bien que lo hicimos, a pesar de toda la razón que teníamos, a pesar de que todo el amor lo llevábamos en la frente.

Y tuvimos logros, logros verdaderos e importantes que no son del caso señalar, pero que digo, justificaron con creces nuestros esfuerzos. Y no necesito decir que vino el golpe ni tampoco que sobrevivimos, sí vale la pena que cuente, porque lo recuerdo como ayer: A María Cristina la ví por última vez en un punto en que ella vendría desde Costanera y yo desde Providencia, y ni siquiera nos saludáramos, intercambiaríamos apenas barretines con tabletas fotográficas en una de las cuales decía que había una militante colaborando. La muchacha dulce apareció en un recodo de ese par de cuadras que serpentean, venía con un disfraz de ejecutiva que bien podía confundir y hacer creer que efectivamente se trataba de una profesional de las nuestras. Además, para mi tranquilidad, en nada se parecía a la de la foto con el letrero "se busca" que publicaban en el diario "La Segunda".

Es al mes o a los dos meses de aquel último encuentro, cuando nos avisan que María Cristina ha caído y debemos "guardarnos", porque ella es para los perros un hueso de oro y se la jugarán por hacerla que hable. Sin embargo pasan tres días y pasan cinco, y diez, y al parecer la chica no está hablando; nosotros nos preguntamos si vale la pena su sacrificio y si no es mejor que nos entregue y así tal vez pueda salvarse.

En esas condiciones llegamos a octubre, con la moral en el suelo y sabiendo de toda la gente que ya ha caído. Corresponde entonces la caída de Miguel, tremendo y doloroso golpe. El mayor de esos profesionales que éramos se quiebra y nos avisa que escapará al Canadá porque con nuestra unidad descabezada y con todos los planes posiblemente descubiertos, nuestro trabajo carece de sentido; además, en caso de que nos atrapen, él está convencido de que no seremos perdonados, otros militantes sí, pero no nosotros. A pesar del vaticinio adverso, los que quedamos decidimos continuar, todos sabemos que tiene razón, seguramente nuestro trabajo ya está descubierto, es verdad, y es verdad también que a los que hacen el trabajo que hacemos se les asesina; sin embargo nadie dice eso en voz alta, por el contrario, lo que decimos es que el MIR no se asila. Somos dos militantes, más la red que todavía controlamos con aspirantes y ayudistas, y con un nuevo jefe, el sabio-ingenuo que asume como tal, y ninguno de nosotros lo dice en voz alta tampoco, pero es un hecho que pesa mucho en nuestra decisión el recuerdo de la chica y nuestra necesidad de continuar por ella, de continuar para que su sacrificio no resulte en vano. Por qué no decirlo, es su ejemplo el que nos impulsa y nos permite afrontar las cien peripecias diarias con valentía y orgullo. Es su ejemplo y el ejemplo de Miguel el que nos ayuda a no quebrarnos y así conseguimos todavía algunos logros, e inclusive llevar algún tipo de vida normal en medio del caos; una normalidad que me deja ver de vez en cuando a mi hijo y a mi compañera que pasa a ser mi enlace y contacto.

Pero a este grupo de profesionales le faltaban todavía muchos porrazos: a unos dos meses de la caída de Miguel, nuestro nuevo jefe no llega al punto donde se debe encontrar con mi compañera. Es posible que ese punto al que faltó, haya sido alguno de los que venían a continuación de su recorrido después del lugar donde lo emboscaron, que, si es quien creo que es, fue a la salida de su hijo desde el jardín infantil a donde lo llevaban. El sabio-ingenuo-valeroso habría caído junto a su compañera cerca de Plaza Pedro de Valdivia. Mi mujer se quedó esperándolo en Bilbao, unas cuadras más arriba y se salvó por milagro. Hoy, a más de veinticinco años no estoy seguro todavía de si su nombre verdadero era Alejandro De La Barra y si su compañera era entonces Ana María. De ser así, esta historia está bien dedicada a él, a ese sabio ingenuo que no lo era tanto, y que en un punto anterior a aquel fatídico, al saber que entre esa vida normal en medio del caos mi compañera se había quedado esperando mi segundo hijo, se dio el tiempo para, con palabras

más sabias que las mías, acurrucarla y advertirle de que se cuidara cien veces más que antes porque si la atrapaban en esas circunstancias nadie podría saber la clase de destino que se le reservaba a nuestro hijo. Ese era Alejandro De La Barra, y si no lo era, le debo igual un homenaje que sabré algún día concretar.

Vinieron entonces días aún más difíciles, moralmente más difíciles y penosos. Nada más penoso que darle mil vueltas a aquello de que tal vez, si María Cristina se hubiera atrevido a entregarnos estaría con vida todavía. Ella no había aprobado física ni cálculo pero su vida era más importante que la nuestra, no siento vergüenza por reconocerlo. Así lo sentía yo y también el compadre que se quedó conmigo y con la red, el otro militante, quien, entre ese ejercicio desgraciado que es el culparse y disculparse, quizá como una forma terrible de autocastigo, se dejó atrapar por el alcohol para en menos de seis meses quedar convertido en un guiñapo.

De nuestra unidad de profesionales no quedaron sino fragmentos, y yo desde entre ellos intento todavía recuperarme, aunque pasarán treinta años o más, y no lo voy a lograr del todo; me lo indica en la garganta un nudo del cual no puedo safarme y que me obliga a ir recobrando las historias perdidas de nuestra gente. A veces creo que es para esta tarea que sobreviví, para esta misión superior, mi verdadera misión, o eso es lo que siento; y cómo no sentirme feliz cumpliéndola si para revisar sus logros basta leer, adjunto, la hoja de un diario de vida de María Cristina adolescente, el cual mucho tiempo después me permitiera leer su madre. En él ya se notan los valores con que más tarde la conoceríamos con los cuales se ganaría en miles nuestro respeto y en millones nuestro afecto. Son esos mismos valores los que me permiten entender que escogiera la muerte a entregarnos.

María Cristina López Stewart, muchacha dulce, casi escolar diría, digo también que si bien puedo entender que no nos entregara, no voy a entender jamás cómo esos salvajes se pudieron ensañar con ella hasta matarla. No lo entenderé ni siquiera asumiendo que esa jauría de perros pertenecía también a un grupo de profesionales, aunque de un tipo diferente, de un tipo desgraciado y tenebrosamente diferente: profesionales educados en universidades del horror, de la felonía. Universidades donde no les enseñan humanidad ni cuántica, tampoco corazón ni moral, mucho menos conciencia o alma. Pago treinta posgrados a quien encuentre un atizvo de moral en ese grupo de profesionales de vocaciones desalmadas, doctores del horror, maestros del espanto.

-----0-----

María Cristina Lopez Stewart está desaparecida desde el 22 de septiembre de 1974, tenía entonces 21 años, estudiaba historia en la Universidad de Chile, militaba en el MIR. Si usted sabe algo más sobre ella, compártalo con nosotros con un e-mail a mir_historico@hotmail.com Si sabe algo sobre cualquier desaparecido o asesinado por la dictadura, escribanos también, eso nos ayudará para siempre recordarlos.

-----0-----

María Cristina López Stewart

Hoja de diario de mil novecientos sesenta y tres



Ayer, tal como te anticipara, llegó por fin mi prima Mané de Concepción invitada por mí, y no sabes lo contenta que estoy; no sólo de poder verla y salir con ella, sino también porque no hubo problemas de ningún tipo; imagínate que justo mi hermana había partido al sur con un grupo, para no sé qué negocio de universitarios, así que yo estaba, por lo tanto, sola en el cuarto, y pudimos instalar a la Mané en su cama junto a la mía, para pasarnos la noche mostrándonos recortes de Ringo y de Paul, y contándonos también la vida completa con chiquillos y demases; no he podido, por eso, escribirte ni siquiera una palabra, me perdonas?

Y esta mañana amanecimos eufóricas porque yo ya tenía planes para salir con la Clarita, mi mejor amiga, a ver a James Bond «007». Iríamos solas las dos, y ahora las tres con la Mané, todavía más entretenido.

Pero no todas las cosas salen bien, eso es algo que sólo ahora lo entiendo. Te lo digo porque ya ante la boletería del cine El Golf, contamos la plata y nos dimos cuenta de que nos alcanzaba nada más que para dos entradas... casi nos da un ataque. Así que tuvimos que echar a la suerte cuál de las tres esperaba afuera o se devolvía para el centro, pero adivina quiénes ganaron: la Clarita y yo.

Claro que ahí me di cuenta de que la Mané aquí en Santiago es mi visita, así que le dije que no valía la suerte y que a mí el famoso 007 me tenía sin

cuidado. Acto seguido tomé de vuelta el micro para que ellas no se perdieran el comienzo.

Me senté en el último asiento del bus para estar tranquila y entonces pude por fin echar unos cuantos lagrimones. Después, encerrada en mi pieza, quise escribir y contártelo todo, para que así puedas saber lo que estoy pasando. Como testigo del suceso, he pegado al pie de tu página el boleto del micro Catedral-El Golf en que vine de vuelta; el cual, si te fijas, aún está húmedo por todo lo que he llorado.

Esta historia fue recopilada de un diario adolescente de la propia María Cristina López Stewart, hecha desaparecer por agentes de la dictadura.

La niña jugando al luche es una obra de Yarixza López, alumna del Segundo C de la Escuela E 180 de Peñalolén, con motivo del concurso "Los derechos del niño", realizado para celebrar la inauguración del "Muro de los nombres" del Parque por la Paz Villa Grimaldi.

El dibujo de María Cristina es del pintor Jaime Castro, quien lo realizó desde el recuerdo.

-----0-----

Testimonio

Una testigo relató que en la celda de Lumi Videla de la casa de José Domingo Cañas, se encontraba también otra detenida, una joven de cabellos rubios, de baja estatura y ojos claros. Se veía frágil y dulce. Era María Cristina López Stewart, estudiante de pedagogía en historia y militante del MIR. Tenía 21 años cuando fue detenida el 22 de septiembre de 1974 junto a Rosalía Martínez y Julio Laks en el domicilio de éstos de calle Alonso de Camargo en la comuna de Las Condes.

Rosalía, que sobrevivió diría después que pudo identificar entre los aprehensores al agente Osvaldo Romo. Después fueron trasladadas a la casa de José Domingo Cañas donde permanecieron juntas hasta el 5 de octubre de 1974. Rosalía testimonió: "María Cristina no se encontraba bien, estaba enferma con anemia aguda y no se le daba ningún tratamiento. Estaba muy preocupada por su madre. El día de su cumpleaños hicieron que la llamara por teléfono pero no pudo decirle donde se encontraba. María Cristina quedó muy emocionada y triste". Su madre tampoco olvidaría esa llamada: "Nos dijo que se encontraba bien, pero que no podía indicar el lugar donde se encontraba... Se puso a llorar...". El rastro de María Cristina se perdió para convertirse en una detenida-desaparecida.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos

la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#)..

© CEME web productions 2003 -2008 

